

las nuevas adquisiciones logradas por la ciencia en los diversos campos de vuestras ejecutorias.

He dicho.

Concepción, 16 de mayo de 1955.

<https://doi.org/10.29393/At360-220DSRA10220>

DISCURSO DEL SEÑOR RENE RAMOS P.

Señor Rector, autoridades, señoras y señores, compañeras, compañeros:

Una doble y honrosa misión me ha traído hasta esta tribuna: brindar a nombre de los alumnos, la más sincera felicitación a esta casa de estudios en este día que celebra un nuevo aniversario, y agradecer los premios que esta Universidad ha tenido a bien otorgarnos a un grupo de compañeros.

Pocas instituciones existen en el país más dignas de ser conocidas que nuestra Universidad. Nace hace treinta y seis años. Su origen es humilde, como lo es el de todas las cosas grandes. Un sillón de peluquería algo remendado, unos tubos vacíos de algunos medicamentos y un anafe que un profesor llevaba todos los días desde su casa, constituyen el antecedente de su patrimonio. Pero frente a esta extremada pobreza material, ¡qué fuerza espiritual la de aquellos que tuvieron la audacia de crearla! Cuando los recuerdo no sé qué admirar más en ellos, si su inmensa fe que los hizo salir triunfantes de infinitas dificultades, o su espíritu de lucha que jamás admitió descanso.

No podría, en esta oportunidad, dejar de manifestarles nuestro agradecimiento más sentido, pues gracias a sus esfuerzos y a sus desvelos, nos ha sido posible alcanzar la luz de la superior educación.

Debe destacarse, en forma especial, la labor de aquel a quien ha tomado desde sus comienzos la dirección de esta obra monumental. Lo que hoy vemos realizado, los hermosos edificios, los jardi-

nes bien cuidados, las nuevas escuelas, es probable que le hayan significado muchas noches de insomnio. ¡Cuántas amarguras y cuántos desalientos no habrá tenido el bondadoso maestro! Pero él está dotado de una reciedumbre moral que le ha permitido, no sólo afrontar con tranquilidad los difíciles y numerosos problemas, sino que guardar en lo más íntimo de su ser sus desesperanzas y sus temores.

Han pasado los años, y al celebrar hoy un nuevo aniversario, encontramos a la Universidad de Concepción en una etapa de verdadero progreso. Numerosas escuelas, elevada cantidad de alumnos, laboratorios completos, bibliotecas bien mantenidas, constituyen su presente.

En esta hora que decimos adiós a esta casa de estudios que nos cobijara durante los mejores años de nuestra vida, hacemos los más fervientes votos porque la luz de la prosperidad ilumine siempre su camino, pues en esta hora difícil para la Humanidad, en que los valores sufren de aguda crisis, a las universidades está encomendada la defensa de la espiritualidad, ellas son las que en el yunque de sus aulas tienen la delicada misión de forjar ese acero tan delicado que es la juventud, a ellas compete la enseñanza de aquella profesión universal que es la de ser hombres, hombres íntegros, no mutilados, hombres capaces de reaccionar ante toda manifestación noble de la naturaleza humana.

* * *

Es tradicional que la Universidad de Concepción entregue en esta fecha valiosos y significativos premios a aquellos alumnos que, en concepto de sus profesores, se han hecho acreedores a tan señalada distinción.

En nombre de esos alumnos es que hoy tengo el alto honor de hablaros. Difícil tarea es poder resumir en los estrechos márgenes de un discurso el sentimiento de satisfacción interna y de hon-

do agradecimiento que a cada uno de nosotros embarga en este momento.

Quiero agradecer, no sólo a la Universidad que nos concede tan preciados galardones, sino también a todos aquellos que de uno u otro modo nos facilitaron el camino durante nuestra vida universitaria. A nuestros maestros a quienes debemos, además de la enseñanza de una profesión que nos permitirá ganarnos la vida, el haber pulido todas las aristas de nuestro carácter. Ellos con el cincel del entusiasmo y el martillo de la fe modelaron nuestra personalidad con la misma devoción con que el artista crea una obra que desea perfecta. A ellos debemos el consejo oportuno y la observación adecuada. Ellos son los que en los momentos difíciles con su sonrisa alegre y su mirada cariñosa volvían la paz a nuestros espíritus. Es probable que muchas veces hayan errado. Es probable, también, que más de alguna vez hayan cometido pequeñas e involuntarias injusticias. Esos errores y esas injusticias a lo mejor nos dolieron, pero hoy los juzgamos profundamente significativos, pues nos mostraron al profesor en todo su contenido humano.

Debo agradecer, además, en forma muy especial a nuestros compañeros, por habernos brindado su amistad y haber marchado junto a nosotros en el camino de la vida, siendo copartícipes de nuestras alegrías y nuestros pesares, de nuestras luchas, esperanzas y desengaños.

Siempre que se agradece un premio, los dictados de la cortesía indican que el favorecido debe juzgarlo inmerecido. Sin embargo, yo esta tarde me apartaré de tan fina costumbre, porque, desde luego, no hablo a nombre propio sino en el de aquellos para los cuales la distinción recibida puede ser justa recompensa a sus capacidades y a sus esfuerzos, y porque no lo sé: la vida profesional de cada uno de nosotros será el testimonio más elocuente para indicar si la Universidad se equivocó a no al concedernos un honor de esta naturaleza.

Pronto entraremos a la vida profesional, que sin duda es la etapa más difícil en la vida de un hombre. Ante nuestros ojos asus-

tados, se nos presenta el más temible de todos nuestros exámenes, La comisión no la forman ahora dos o tres profesores de bondadosa mirada, sino que la constituye la sociedad entera que exige de nosotros la justa retribución de la energía gastada en educarnos. La salud, la vida, el honor, el patrimonio, son bienes que tendremos que defender. En defensa de causa tan justa pondremos lo mejor de nosotros mismos. Tenemos confianza que con los conocimientos aquí adquiridos podremos luchar con buen éxito. En los momentos difíciles la luz de nuestras conciencias, que creemos rectas nos indicará el camino a seguir.

Al abandonar las salas de la Universidad, una página del libro de la vida se cierra tras nosotros. No la del estudiante, ilusorio sería creerlo, sino la del estudiante sujeto a horario, pues será siempre estudiante aquel que siente amor por la cultura.

Los alumnos que hoy decimos adiós, nos vamos tranquilos, con la frente en alto y la mirada serena. Tenemos la convicción más profunda que hemos cumplido a medida de nuestras fuerzas y de nuestras posibilidades.

Señores:

Quiero terminar agradeciendo la generosidad de esta Universidad, que no satisfecha con habernos formado, nos ha concedido la satisfacción de considerarnos acreedores a las más altas distinciones que ella otorga. Estos premios constituyen un bien que nosotros agradecemos profundamente e implican una responsabilidad que estamos dispuestos a afrontar.

Señores miembros del H. Consejo de la Universidad de Concepción, muchas gracias.

PREMIO "CAMILO HENRIQUEZ"

En sesión del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile, celebrada el 13 de julio último, se tomó conocimiento de la decisión del jurado formado por los señores Manuel Vega, Héctor Fuenza-